
DE MARES Y HOMBRES

SANTIAGO AIZARNA

De cómo los tiempos han ido mudando el pergenio de un lugar, Rentería puede ser claro ejemplo. Tiempos que van configurando aspectos distintos de algo que los hombres vamos relacionando con ese breve momento de nuestra propia historia que nos tocó vivir y que creemos que siempre así fue, cuando resulta que la realidad vive su propio tiempo preciso y que, muy frecuentemente, puede no tener nada que ver con nuestras particulares vivencias y referencias.

Aunque también el renteriano de hoy puede asomarse fácilmente al mar con sólo ascender la breve cuesta de Capuchinos desde donde, si es aficionado a los vocativos sonoros podrá pronunciar como los aventureros de la Anábasis aquello tan redondamente sugeridor de ¡Thálassa, Thálassa! con el que Jenofonte termina su magistral relato, no obstante nadie sitúa a esta villa en nuestro tiempo como marinera cuando en cambio la nómina de sus hombres célebres se nutre de una fabulosa vocación marinera, sobre todo en ese siglo XVI que debió ser para la historia de este pueblo de la mayor prosperidad, sobre todo si prosperidad llamamos a tener hombres con proyección y con ideas de futuro.

Un vistazo al pasado desde la ventana que nos ofrecen algunos historiadores nos plantea el panorama de una Rentería vocada y abocada a la mar, proyección y empuje que puede explicar la larga ristra de sus hijos que con el mar uncen, que de la mar viven y se nutren o que en la mar murieron, que sino de esta vida que vivimos es el de amortajarla acaso con los mismos paramentos de la muerte de tal manera se confunden los dos actos como si un mismo realizarse fueran.



Del mar, al que ahora casi hay que ir a buscarlo, o bien caminando por las márgenes lodosas del río Oyarzun (que algunos sinsabores y sobresaltos dio a la villa) o por la ya mencionada breve cuesta de Capuchinos, los renterianos de hace algún tiempo tenían más cercana urgencia y turgencia (pues como varón ardido penetraba en ella para fecundarla y enriquecerla) y si acaso pedía onerosas cargas, lo cierto es que también estaba la villa dispuesta a dárselo, y habría de saberse cuántos galeones, bergantines y otras naos de distinto calado y porte no ostentaron sobre los mares de comercio y de conquista, de constantes singladuras aventureras, las maderas de Rentería, constante e inagotable suministradora del preciado producto.

De los hombres del mar renterianos escribe casi exclusivamente, en una glosa de sus hijos ilustres, el vecino lezotarra Doctor Don Lope Martínez de Isasti, de quien alguien avezado por caminos de historiador nos advertirá de su poca veracidad y, por consiguiente, de poca credibilidad, pero en este punto sus referencias se solidifican con las de aquel clérigo honrado por su pueblo con la estima y la consideración debida, Juan Ignacio Gamón y Echeverría, cuyo recuerdo se perpetúa a través del nombre dado a una Alameda de su villa natal, en quien parece que tampoco obraban los prejuicios que le pudieran haber a Isasti en su proclividad marinera por la relación que su familia y hasta él mismo pudo tener con los astilleros reales de Lezo.

Pero, de igual manera que por la otra parte del país, por la parte francesa de Hendaya, Urruña, etc; por las tierras o márgenes marinos de la Laburdi pirata —pesqueros de San Juan de Luz aprestados a quehaceres corsarios en igual medida que los muelles de Bayona, y ocupación corsaria ésta que se prolongaba a Fuenterrabía, cuya alcaldía se ha escrito que tramitaba patentes de corso y daba por buenas las capturas realizadas por barcos de su matrícula o hasta era el mismo alcalde el que, para sacar a su pueblo del hambre encargó a los marineros que se apoderasen del primer cargamento que avistasen en la mar, con lo que es fácil colegir que, en algún tiempo, tuviese la costa fama de piratesca— las informaciones procedentes de Rentería pueden ofrecer muy distinto sesgo. Por ejemplo, el antes aludido historiador lezotarra, nos habla de un capitán como Martín de Uranzu, llamado también Capitán Rentería Machino, con el que, el medianamente imaginativo, bien podría enlazar con las viejas historias que relatasen las aventuras de los piratas berberiscos, con las galeras y fustas de Barbarroja sobre la Mar Mediterránea, Argel y sus baños en la evocación cervantina, princesas moras enceladas por la apostura de algún cristiano... Y de igual manera que de Rentería Machino nos habla del hijo de éste, Juan Pérez de Uranzu, y de Joanes de Isasti, y del capitán Joanes de Amasa, y desde él y desde Gamón, la memoria se prolonga y sus cuitas de historiadores van mencionando estos y aquellos personajes renterianos que, con muy pocas excepciones, van confluendo a esa mar que es el fausto símbolo del morir para el poeta, pero que para la Rentería del siglo XVI, sobre todo, fue vida porque ahí comenzaban su fortuna y sus encumbramientos, ahí desembocaban las maderas de sus densos bosques y la acérrima voluntad de conquista y lucha de sus hijos.